

Norberto Silvetti Paz

DESTILACIONES

A veces, cuando el atardecer,
por entre ráfagas de sombra,
nos permite insertarnos
en la dirección de la noche,
yo pienso en ti, oh, imagen
abandonada en la penumbra
que entre viejos muebles avanzas
como desvencijado tren.
Hacia el fondo del resplandor
de tu inútil memoria
quisiera descender, entonces,
por el liviano aire interior
a la fundación de mi vida,
ya que de antiguo sé
que el perro devorador
que desde adentro nos vigila
será tal vez lo único
que piadoso lamerá nuestro nombre.

El odioso ligamen
con lo frágil nos ata
a la disforme confesión
de que no somos dioses,
ni nuestra sangre el perfumado
licor de la divina arteria.
¿Qué dioses lloran? En silencio
penetra el vino en mí: su oficio
es hacer transparente
los muros y del sueño
puente hacia los abismos.
La cola de la música golpea,
nos hiere, cae el sexo
deshecho y lo moral
huye de nuestros huesos.
¿Qué música podrá por fin domarnos,

abrir puertas, las únicas
que de nosotros saben
la nocturna miseria?
Música que al infierno destrona,
asexuada legislación
de la quimera y de la muerte.
Sobre la cabeza del hombre
allí dormido trenza
el amor su cadena, lanza
su realidad la alondra.
Lo que es del aire vuelve al aire,
lo que fuera del corazón
al viento.

CONCLUSIONES DE MEDIANOCHE

Recojamos el mendrugo que nos tiran los dioses,
dádiva o estigma de la alocada noche
que sobre los cuerpos se abate y vela,
cuando las furias, envidiosas de los mortales,
untan su baba legamosa en las huellas
llameantes de la carne deshecha en las vigiliass,
sus turbias imágenes y puertas ciegas y días contados
al borde del abismo, desde donde contemplan
los asombros del ojo hacia abajo los amarillos huesos,
lejos del éxtasis, lejos del aire azafranado
que ellos respiran, inquietos, los huérfanos de la tierra. Pero escuchemos: a veces bajan
solos, insondables
con sus instrumentos desacostumbrados,
abriéndose paso entre nosotros y el acre perfume
de las adormideras que enerva el alma,
y sus palabras fúnebres pueblan las calles
y el terror en nosotros se multiplica y canta,
canta su canción porque la carne quiere
placer y olvido y luces deslumbrantes y noche.

Y como el solitario que devora su pan llorando
es un avaro de su vida y su muerte,
y conoce los caminos de la tierra y llora,
que su inspirado llanto no llegue a nosotros, que nadie
entre su dádiva de pan y nosotros ponga su llanto,
que ninguna mano crispada por la fuga y el miedo

toque nuestra piel como la espuma del océano
toca el cuerpo llenándolo de sal divina y leyenda.
Así, cuando la piadosa tierra reciba tus ojos
y tu cantado corazón y tus pies y tus duras colinas,
altas y morenas, un gesto del aire, un sonido
sobre las cumbres nos dirá que el cielo ha comenzado,
que nuestra insomne compañía será la Noche,
nuestra música las hormigas devorando los párpados,
agentes de la tierra, mensajeros de otra atónita luz.
Y la atronadora tiniebla silbará en nuestros huesos.

DONDE SE HABLA DE LO QUE DESTRUYE

En los arrabales de la muerte
nuestra figura se pierde y pasa,
se extiende el horizonte, crece
bajo el cielo la rosa hermética;
maduras presencias de la tierra
cesan, y la canción violeta
y el estilo seráfico en ruina acaban;
la barca de los plenilunios quiebra
y quiebra nuestro nombre y somos
inútiles pioneros
por los arrabales de la muerte.
No hay allí teléfonos para comunicar
nuestro dolor de las tinieblas,
ni señas válidas ni claves
para eludir el bosque obturado,
donde los pájaros tienen volar de plomo
y el viento aprieta como atadura de bronce;
es piedra la respiración de la noche,
las albas muerden y desgarran.

Oh, cuánto yo quisiera tener sus manos,
la presencia de la luz que falta en mi pecho!

Aventaría entonces sellos y centuriones
para volver a los amigos, la tierra,
las islas, los corimbos de la primavera,
lejos de los negocios de la sombra.

Hasta tanto, por los arrabales,
nuestra figura se pierde y pasa